

INVENTIO VARIA

Mario Aguirre Beltrán
Valentina Cantón Arjona
(coordinadores)
TOMO II

COLECCIÓN
TEXTOS

Inventio varia

*Textos de, desde y para la historia
de la educación en México*

Mario Aguirre Beltrán
Valentina Cantón Arjona
(coordinadores)

Universidad Pedagógica Nacional
MÉXICO • 1999

Valentina Cantón Arjona y Mario Aguirre Beltrán (coordinadores)

Inventio varia

Textos de, desde y para la historia de la educación en México

Colección **Textos**. Número 10

Sylvia Ortega Salazar

Rectora

Marcela Santillán Nieto

Secretaría Académica

Arturo Eduardo García Guerra

Secretario Administrativo

Abraham Sánchez Contreras

Director de Planeación

Sonia Comboni Salinas

Directora de Investigación

Elsa Mendiola Sáenz

Directora de Docencia

Arturo Ballesteros Leiner

Director de Difusión y Extensión Universitaria

Pilar Grediaga Kuri

Directora de Intercambio Académico y Relaciones Internacionales

Fernando Velázquez Merlo

Director de Biblioteca y Apoyo Académico

Valentina Cantón Arjona

Directora de Fomento Editorial

María Luisa Erreguerena

Subdirectora de Editorial

Luis Antonio Borrayo Chinchía

Corrección de estilo

Rayo de Lourdes Guillén Castrillo

Formación

Derechos reservados por los coordinadores

Valentina Cantón Arjona y Mario Aguirre Beltrán

Esta edición es propiedad de la Universidad Pedagógica Nacional

Carretera al Ajusco núm. 24, Col. Héroes de Padiema

Delegación Tlalpan, CP. 14200, México, Distrito Federal

ISBN 968-7742-02-X

LA422 *Inventio varia* : textos de, desde y para la historia de la educación en México / coords. Mario Aguirre Beltrán, Valentina Cantón Arjona. --- México : UPN, 1999
2 v. -- (Colección Textos ; nos. 9-10)
ISBN 968-7742-00-3 (V. 1)
ISBN 968-7742-02-X (V. 2)

1. EDUCACIÓN - MÉXICO -
HISTORIA

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra, por cualquier medio, sin la autorización expresa de la Universidad Pedagógica Nacional.

Í N D I C E

Altamirano, ideólogo del magisterio mexicano <i>Concepción Jiménez Alarcón</i>	5
El nacionalismo en la novela de Ignacio Manuel Altamirano <i>María del Carmen Pérez Hernández</i>	17
Educación técnica durante el Porfiriato: el caso de las escuelas regionales de agricultura <i>Lucía Martínez Moctezuma</i>	33
Las políticas integracionistas de la población indígena en el siglo xx <i>Felipe Bonilla Castillo</i>	51
El pensamiento pedagógico “reformista” de José Vasconcelos <i>Itziar Reckalde Rodríguez</i>	75
El profesor José Mancisidor Ortiz <i>Álvaro Marín Marín</i>	89
El exilio español y la escuela popular mexicana. Un apunte del maestro Antonio Ballesteros Usano <i>Valentina Cantón Arjona</i>	101
Los profesores exiliados en Ciudad del Carmen <i>José Ignacio Cruz</i>	127
Racionalismo y educación en México <i>Javier Blanco González</i>	145
Preliminares para un catálogo de libros de texto de historia, civismo y moral <i>Rosalinda Villalobos Guerrero</i>	183

LOS PROFESORES EXILIADOS EN CIUDAD DEL CARMEN

José Ignacio Cruz*

La presente aportación a las investigaciones sobre el exilio de los maestros y profesores republicanos españoles de 1939, tiene para mí un significado sensiblemente distinto a todos los trabajos que he venido realizando hasta el momento en torno a esa temática. Tal singularidad reside, de una parte, en que me ha obligado a redactar parte del trabajo en primera persona. El inicio de la investigación surgió de un modo casual, y para describir correctamente ese primer momento y las circunstancias que lo rodearon —las cuales no sólo fueron el inicio del trabajo sino que conforme fui avanzando en la tarea de localización de referencias y documentación, alcanzaron un significado especial— no he tenido otra posibilidad que narrarlo tal como ocurrió, convirtiéndome a mí mismo en un testigo participante, al menos en los primeros pasos de este recorrido histórico.

El principio

A mediados del mes de septiembre de 1996 me encontraba en la Universidad Autónoma del Carmen (Unacar), sita en la bella localidad de Ciudad del Carmen en el estado de Campeche, impartiendo unos cursos a los alumnos de la Facultad de Ciencias Pedagógicas. Faltando sólo unos días para que finalizara mi estancia, recibí una llamada telefónica que en seguida despertó mi curiosidad e interés. La comunicación procedía del rectorado de la Universidad y me

* Doctor en filosofía de ciencias de la educación. Actualmente es profesor en la Universidad de Valencia (España). Se ha especializado en la historia de la educación de su país durante el periodo de la II República y el posterior exilio pedagógico. Sobre ese particular ha escrito varios libros, como autor único o con otros expertos, y más de dos docenas de artículos publicados en diversas revistas especializadas, tanto de España como de otros países. Ha sido invitado por entidades mexicanas para participar en actividades culturales y ha impartido cursos sobre su especialidad en universidades de ese país. Asimismo, ha sido investigador visitante en El Colegio de México.

indicaban que el doctor Bolívar, presidente del Patronato de la universidad, había mostrado interés en hablar conmigo. El motivo que le había movido a comunicarse resultaba relativamente sencillo. El citado doctor, siempre atento a las actividades universitarias, había leído que uno de los cursos que estaba impartiendo se titulaba "Confluencia de la educación mexicana y española. El caso del exilio republicano de 1939". Dicha temática le trajo a la memoria pasadas experiencias. Concretamente a comienzos de la década de los 40, cuando cursaba la secundaria y recordó a dos exiliados españoles que fueron profesores suyos durante esa etapa formativa. El doctor Bolívar quiso aportarme esa información y de ahí la razón de gestionar nuestro encuentro.

La reunión se concretó rápidamente y se celebró en la residencia del presidente del Patronato. En seguida me facilitó los nombres de los profesores exiliados. Se trataba de José Encuentra Pérez y Miguel Ripoll Morell. Durante el transcurso de la conversación el doctor Bolívar me aportó datos y referencias que no hicieron más que aumentar mi interés. En síntesis, sus aportaciones fueron las siguientes. Los dos exiliados españoles llegaron a Ciudad del Carmen a finales de 1940 para dar clases en el Liceo Carmelita, el centro docente tradicional de enseñanza secundaria y preparatoria de aquella ciudad. Ambos profesores permanecieron poco tiempo allí, un curso escaso, y después uno de ellos retornó al Distrito Federal y otro marchó a la capital del estado.

Del conjunto de noticias que me proporcionó, desde mi punto de vista, destacaban fundamentalmente dos cuestiones de especial interés. En primer lugar, me permitían entrar en contacto con la trayectoria de unos profesores españoles exiliados acerca de los cuales no había tenido referencia alguna hasta entonces. Se trataba de una auténtica novedad sobre un aspecto inédito del exilio pedagógico español en México. Además, la actividad de esos profesores en Ciudad del Carmen presentaba un matiz especialmente interesante. Ambos habían tenido que desarrollar sus tareas docentes en un ambiente netamente mexicano, fuera de los ambientes y círculos en los que la gran mayoría de los exiliados se desenvolvían habitualmente. De hecho, en aquellas fechas, ellos dos y sus respectivas familias eran los únicos exiliados residentes en dicho lugar.

Incluso resultaba peculiar, por no decir francamente extraña, su presencia en Ciudad del Carmen. La localidad era, en aquellos años, un lugar relativamente apartado, alejado de las grandes aglomeraciones urbanas mexicanas y con unas vías de comunicación bastante complicadas con el resto de la república debido a su ubicación en una isla.

Pero la cuestión de mayor valor que me transmitió el doctor Bolívar en aquella conversación, y no sólo a través de sus palabras, no guardaba relación con datos y fechas. Mi interlocutor insistió en repetidas ocasiones, y siempre con énfasis, en la calidad de ambos profesores. Su dominio de la materia, su buen hacer didáctico, su calidez y cercanía. Incluso, me comentó que uno de ellos, Miguel Ripoll, invitó a varios de sus alumnos, entre los que se encontraba mi interlocutor, a comer a su casa con motivo de las fiestas navideñas. La contundencia de los argumentos del doctor Bolívar me llamó sobremanera la atención. A lo largo de su etapa de formación, a buen seguro que había recibido clases de un buen número de docentes: en la secundaria; en la preparatoria; en la universidad. Esos dos profesores españoles eran unos recién llegados de un país lejano. Eso sí, compartían un mismo idioma y algunas pautas culturales con el nuevo hábitat social en el que se veían obligados a desenvolverse. Pero desconocían muchísimos aspectos de la idiosincrasia mexicana, cargaban con el trauma de haber sido vencidos tras una larga y cruenta guerra civil y soportaban hondas tragedias familiares. Pese a ello, habían dejado en el joven que ahora recordaba sus vivencias ante mí, una huella imborrable de trabajo bien hecho y de eficacia docente, que se ponía claramente de manifiesto en su gran interés por transmitirme esa pequeña historia, más de cincuenta años después.

Atrapado a mi vez por esa página desconocida de "la confluencia de la educación mexicana y española, el caso del exilio republicano de 1939", desde aquel momento he ido realizando pesquisas y recopilando datos que me permitieran reconstruir la trayectoria de esos dos exiliados republicanos españoles que tan buen recuerdo habían dejado en sus alumnos carmelitas. En este ensayo presento un avance de los resultados a los que he llegado. Dado lo peculiar de la trayectoria de esos profesores, a caballo entre dos

continentes, la dispersión de las fuentes documentales en las que indagar y la dificultad de su localización, no descarto completar los datos que ahora presento con nuevas aportaciones.

El exilio republicano español

Antes de entrar en el relato concreto de los avatares de los profesores exiliados en Ciudad del Carmen, voy a efectuar una somera descripción acerca de lo que supuso el exilio republicano de 1939, con la finalidad de ofrecer un marco contextual que permita comprender lo más correctamente posible los sucesivos episodios de esta historia. El citado éxodo se produjo en los primeros meses de ese mismo año como consecuencia directa de la derrota de las fuerzas del Frente Popular en la Guerra Civil española. Ésta había comenzado tres años antes, en julio de 1936, cuando una parte del ejército, encabezada por el general Franco, se sublevó en contra del gobierno legítimo de la República. En principio, la sublevación estuvo diseñada como el típico pronunciamiento militar, con un patrón decimonónico similar al que habían seguido los muchos que se habían producido en España durante los siglos xix y xx. Pero debido a que una parte de la oficialidad permaneció fiel al gobierno legítimo y a la enérgica respuesta de los militantes de los partidos y sindicatos que apoyaban al Frente Popular, la asonada se transformó en una cruenta guerra civil de cerca de tres años de duración. En cierto sentido, la Guerra Civil española puede considerarse como el preludio, el primer episodio, de la II Guerra Mundial, ya que en la contienda española intervinieron tropas de otros países que posteriormente entrarían en conflagración total con el estallido de la Guerra Mundial.

La Guerra Civil fue extremadamente cruel, como sólo pueden serlo los enfrentamientos fratricidas, de tal modo que cuando la derrota de las fuerzas republicanas se hizo inminente, miles de españoles que habían apoyado a la República se vieron forzados a buscar refugio en otras tierras. Aunque durante la contienda habían existido diversas oleadas de refugiados, en consonancia con los avatares bélicos, la gran avalancha de refugiados se produjo en enero y febrero de 1939. Durante esos meses cientos de miles de

españoles cruzaron la frontera con Francia. Aunque las cifras son difíciles de precisar, teniendo en cuenta las condiciones en que se produjo la entrada en ese país, la mayoría de los autores cifran la cantidad total entre 450 mil y 500 mil españoles que se vieron obligados a refugiarse en tierra gala.¹

La razón por la que todos ellos huían era prácticamente la misma. Tras los enfrentamientos fratricidas que habían durado cerca de tres años no estaban dispuestos a someterse a las condiciones del bando vencedor. La perspectiva de una existencia —o incluso de una no existencia, ya que la represión franquista tras la victoria acabó con la vida de miles de republicanos— bajo el mandato de los sublevados resultaba intolerable para la mayoría de ellos. En esos primeros momentos de la derrota, el exilio se presentaba como una alternativa mucho más válida que permanecer en la propia patria, o incluso se manifestaba como la única posibilidad.

Entre los miles y miles de españoles que se vieron forzados a abandonar sus hogares se encontraba un buen número de maestros y profesores de ideología republicana. Los gobiernos de la República habían llevado a cabo una profunda reforma educativa, la cual había concitado el entusiasmo de un importante sector del magisterio y el profesorado del país. Las medidas que se habían adoptado implicaban una mejora sustancial de los aspectos cuantitativos de la enseñanza. Más y mejores escuelas, aumento de la plantilla del profesorado estatal y de sus remuneraciones, potenciación de las iniciativas de educación no formal como las colonias escolares y las misiones pedagógicas.

Pero no quedaron ahí las medidas gubernamentales destinadas a la modernización del sistema educativo español. También hubo un firme propósito de cambio cualitativo de la enseñanza. Por de pronto, la educación se definió como laica, prohibiéndose las manifestaciones religiosas en las aulas y la enseñanza de cualquier fe en los establecimientos docentes públicos. Además, el gobierno potenció toda una serie de iniciativas para renovar metodológicamente la

¹ Puede servir de ejemplo el siguiente texto de J. Rubio: *La emigración de la guerra civil 1936-39. Historia del éxodo que se produce al final de la II República española*. Vol. 1, Madrid, San Martín, 1977, p. 104-109.

enseñanza. Así, por ejemplo, modificó profundamente el plan de estudios y apoyó e impulsó a grupos de enseñantes que aportaban nuevas ideas muy relacionadas con los movimientos pedagógicos renovadores más importantes que existían en aquel momento en Europa.

A todo ello se sumó la doctrina pedagógica y las experiencias docentes que desde la década de los 70 del siglo pasado habían ido poniendo en práctica los profesores y maestros englobados en la Institución Libre de Enseñanza (ILE). Éstos habían efectuado un notabilísimo esfuerzo para abrir los muy anquilosados modelos que regían la educación española a las nuevas corrientes pedagógicas. Los institucionistas, los cuales en gran parte se guiaban por las doctrinas del filósofo alemán Krause, se habían destacado durante décadas por defender una profunda reforma interna, pero en modo alguno virulenta, del sistema educativo español.²

El resultado de ese conjunto de iniciativas fue un nuevo modelo de enseñanza muy distinto al que existía con anterioridad, durante la Monarquía, con el que se comprometió un importante número de maestros y profesores. Por ello, no resultó nada extraño que en el momento de la derrota de las fuerzas republicanas un buen número de éstos se encontraran entre los miles de españoles que huyeron del triunfo de las fuerzas franquistas. Y entre esa gigantesca riada que se encaminaba hacia la frontera francesa se encontraban los dos profesores que en 1940 fueron a impartir clases en el Liceo Carmelita: José Encuentra Pérez y Miguel Ripoll Morell.

La historia de dos profesores

El primero de ellos, José Encuentra Pérez, había nacido en 1897 en el pequeño pueblo agrícola de Peralta de Alcolea, una pequeña localidad agrícola del prepirineo de la provincia de Huesca. Pese a todas las dificultades había podido estudiar, cosa muy poco fre-

² Existe un amplio número de monografías que analizan tanto el modelo educativo puesto en pie por la II República española, como el ideario y las prácticas de la Institución Libre de Enseñanza. Un resumen de ambas cuestiones, con abundantes referencias bibliográficas, puede encontrarse en J. Ignacio Cruz: *La educación republicana en América (1939-1992)*. Valencia, Generalitat Valenciana, 1994, p. 18-24.

cuenta en la España de aquel entonces entre los jóvenes nacidos en zonas rurales. Tras los estudios, José Encuentra se ganó la vida como profesor de química. En el ámbito familiar, cabe indicar que nuestro profesor se casó con una maestra, Carmen Español Ferraz, con la que tuvo cuatro hijos, un chico y tres chicas.

De ideas inquietas, José Encuentra se sentía cercano a las ideas anarquistas y militó en las organizaciones del movimiento libertario español. En las décadas de los 20 y 30 el movimiento obrero español se aglutinaba en torno a dos corrientes ideológicas. Cada una de ellas contaba con una central sindical. Se trataba de la Unión General de Trabajadores (UGT) de orientación socialista, y de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) de tendencia anarcosindicalista. En ambos sindicatos se registró afiliación de grupos de maestros y de profesores. En el caso que nos ocupa, en Huesca, como en todo Aragón, las organizaciones anarquistas contaban con bastante mayor implantación que las socialistas, por lo que resulta lógico que José Encuentra se afiliara a ellas.

Cuando estalló la guerra, José Encuentra, como tantos otros maestros y profesores, se puso a disposición de las autoridades republicanas. Como poseía estudios y contaba con una probada fidelidad a la causa de la República, muy pronto fue promovido para formar parte de los cuadros del ejército popular republicano. En concreto, José Encuentra llegó a ser comisario de brigada, responsable por tanto de la moral y de la orientación política de los hombres a su cargo.³ Este dato nos indica con claridad tanto su compromiso con la causa republicana como la relevancia de su militancia. El cargo de comisario de brigada era de gran importancia dentro del ejército popular español, ya que tenía bajo su responsabilidad a varios miles de hombres.

³ El ejército popular republicano surgió de la fusión de las tropas que no se habían sublevado contra el gobierno legítimo y de las milicias organizadas por los partidos y sindicatos integrados en el Frente Popular. Fue una creación de nuevo cuño en la que convivieron militares profesionales y jefes natos surgidos de las organizaciones de masas. El ejército popular adoptó también un elemento nuevo como el comisariado, procedente originalmente de la estructuración revolucionaria del ejército ruso tras octubre de 1917. El comisario era el responsable de la moral de la tropa y era el responsable político de la unidad militar a la que estaba destinado. En el caso del ejército popular republicano español hubo comisarios de todo el arco político que se integraba en el Frente Popular. Comunistas, republicanos, socialistas y, como en este caso, anarquistas.

El compromiso no fue en balde y tuvo sus consecuencias. José Encuentra fue herido en una acción de guerra el 19 de agosto de 1937 en el frente de Huesca, teniendo a partir de ese momento la consideración de mutilado de guerra.⁴ Nuestro personaje continuó prestando servicios a la causa republicana. Tras todos los avatares de la guerra, José Encuentra pasó la frontera con Francia junto con las tropas del ejército republicano, al igual que otros miles de compatriotas que habían apoyado la causa de la República. En su caso el exilio estaba, si cabe, más justificado todavía, ya que había sido comisario de brigada, un puesto clave en la organización del ejército republicano, como ya quedó reseñado. Si hubiera permanecido en suelo español, a buen seguro que la represión más inmisericorde se hubiera abatido sobre él y los suyos. Pero en el momento mismo del exilio una tragedia familiar se plasmó sobre él. José Encuentra abandonó España junto con su mujer y Luis, su hijo de seis años. Pero tuvo que dejar en Anciles, Benasque, un pueblo de montaña del pirineo hoscense, a sus tres hijas: Teresa, María Antonia y María Dolores, en manos de familiares y amigos.

En el caso del otro profesor, Miguel Ripoll Morell, debe comenzarse efectuando una precisión de importancia. Aunque ejerció brillantemente la docencia en el Liceo Carmelita de Ciudad del Carmen y en el Instituto Campechano de la ciudad de Campeche, la profesión para la que se preparó y la que ejerció en la primera etapa de su vida se encontraba bastante alejada de la docencia. Miguel Ripoll había nacido en Valencia, en el seno de una familia de tradición militar. Su padre siguió la carrera de las armas. No había concurrido a ninguna academia preparatoria, sino que fue subiendo en el escalafón hasta obtener el grado de capitán a base de reenganches. Sus tres hijos, Agustín, Salvador y Miguel, siguieron los pasos de su padre, pero a diferencia de él, todos ingresaron en academias militares y al finalizar los estudios castrenses obtuvieron despachos de oficiales.⁵

⁴ Datos extraídos del Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores de España (AMAE) serie M, caja 61, exp. 52.

⁵ AMAE, serie M, caja 172. y facilitados por doña Amparo Valero, viuda del profesor Miguel Ripoll, en entrevista efectuada en su domicilio de Ciudad Satélite el 4 de julio de 1936.

A pesar de que una parte significativa de la oficialidad del ejército español tenía una ideología conservadora, también existían importantes sectores que profesaban los ideales liberales y que acogieron con grandes simpatías el advenimiento de la República. Los tres hermanos Ripoll se encontraban en este segundo grupo. Y así, consecuentemente, cuando una parte del ejército se sublevó los días 17, 18 y 19 de julio de 1936, ellos permanecieron fieles al gobierno republicano y se pusieron de inmediato al lado de las fuerzas que partieron a combatir a los sublevados. En cierta medida, los hermanos Ripoll fueron un claro ejemplo de ese sector de militares españoles de ideología liberal y progresista el cual, en ocasiones, no es tenido en cuenta suficientemente.

A Miguel Ripoll los acontecimientos de julio de 1936 lo sorprendieron en Valencia. Una vez que se hubo clarificado la situación en la ciudad, el teniente Ripoll marchó al mando de una batería al frente de Teruel, el más cercano de donde se encontraba. Parece ser que ésta fue la primera unidad de artillería que partió de los cuarteles valencianos hacia los campos de batalla. Durante los tres años que duró la contienda, Miguel Ripoll estuvo destinado en diversos frentes. En varias ocasiones su vida corrió serio peligro, pero siempre consiguió salvarse, lo que le creó cierta fama de hombre con buena suerte. Finalmente fue destinado a la unidad antigás, la cual tenía su sede en Barcelona. En esa ciudad se encontraba cuando las tropas del general Franco, tras la batalla del Ebro, iniciaron su avance sobre Cataluña. El comandante Ripoll, había ido ascendiendo a lo largo de la guerra, se fue replegando con su unidad hasta que, finalmente, cruzó la frontera con Francia.⁶

Francia y México

Como ya quedó señalado, la gran mayoría de los exiliados españoles huyeron del país cruzando la frontera con Francia. Las autoridades de ese país no estaban preparadas para acoger a la avalancha humana que se les vino encima. Para intentar solucionar la situación, improvisaron unos campos de internamiento a los que fue

⁶ Referencias facilitadas por doña Amparo Valero.

conducida la inmensa mayoría de los exiliados, sin distinción de edad o sexo. En la mayor parte de los casos, dichos campos no eran otra cosa que unas zonas de playa que fueron acotadas con alambradas y vigiladas por tropas coloniales francesas. Posteriormente, los propios internados construyeron barracas de madera que les sirvieron de cobijo. La gran mayoría de los españoles se sintió profundamente decepcionada por el recibimiento otorgado por las autoridades galas.

De todos modos hubo grupos políticos y sindicales, y personas en concreto, que ayudaron en la medida de sus posibilidades a los republicanos españoles. Uno de los grupos que se distinguió en la práctica de la solidaridad fueron los masones franceses. Precisamente, de esa solidaridad se benefició Miguel Ripoll y su familia. No porque él fuera masón, sino porque su hermano Agustín sí lo era. Gracias a ello, Miguel Ripoll, su esposa Amparo Valero y su hija Amparo de ocho años, pudieron sortear los campos de internamiento y lograr alojamiento en un refugio habilitado por los masones franceses en los alrededores de Toulouse.⁷

Dentro de ese contexto de derrota y amargura tenemos que citar ahora la posición de México. Esa nación constituyó uno de los más claros y sólidos aliados con los que contó la República española. En el periodo de la guerra, la ayuda mexicana se puso de manifiesto en tres áreas. La primera de ellas fue de carácter político, el cual tuvo una de sus mayores expresiones en el apoyo de la delegación mexicana en la Sociedad de Naciones de Ginebra. La segunda muestra fue la solidaridad material en víveres y algunas armas brindadas por el gobierno de ese país al español. Finalmente, la tercera se manifestó en los duros momentos de la derrota, cuando el presidente mexicano, general Lázaro Cárdenas, realizó una oferta para que un amplio número de exiliados se instalaran en su país.

Esa política de respaldo total a la causa de la República española fue diseñada y puesta en práctica por el presidente Cárdenas, pero,

⁷ Acerca de las iniciativas tomadas por los masones franceses para socorrer a sus "hermanos" españoles y sus familias puede consultarse J. I. Cruz: "Solidaridad y exilio, la masonería española en América (1939-1977)", en: J. A. Ferrer Benimeli (comp.): *Masonería española y América*. Zaragoza. Centro de Estudios Históricos de la Masonería Española. 1993, 533-550.

posteriormente, fue ratificada por los sucesivos presidentes mexicanos. Desde mi punto de vista, ese aspecto resulta de capital importancia para calibrar y comprender en su justa medida todas las actividades que desarrollaron colectiva e, incluso, individualmente los refugiados españoles en suelo mexicano. Desde luego, como creo poder demostrar a continuación, tuvo una importancia capital en la trayectoria que estamos reconstruyendo de los dos profesores.

Por todo ello, los responsables de los exiliados españoles que se encontraban en Francia comenzaron a organizar, a las pocas semanas de finalizada la Guerra Civil, el traslado de un buen número de republicanos a tierras mexicanas. Además, en aquellos días, abril y mayo de 1939, ya se oteaba en el horizonte la II Guerra Mundial, razón de más por la cual dichas autoridades se apresuraron a responder positivamente al gesto de buena voluntad del general Lázaro Cárdenas. Por todas esas razones, México, un país del otro lado del Atlántico, a más de 10 mil kilómetros de distancia, recibió entre 25 mil y 30 mil refugiados españoles. Dentro del cómputo general de la diáspora republicana, los Estados Unidos Mexicanos fueron, tras Francia, la nación que acogió a un mayor número de refugiados españoles.

El primer convoy de refugiados españoles con destino a las costas mexicanas viajó a bordo del buque *Sinaia*, el cual zarpó de Burdeos el 25 de mayo de 1939. El *Sinaia* atracó en el puerto de Veracruz el 13 de junio y su pasaje recibió una clamorosa bienvenida que ninguno de ellos pudo olvidar a lo largo de su vida. Precisamente, entre los republicanos que desembarcaron en el puerto se encontraban Miguel Ripoll y su familia.⁸ Ellos, al igual que la gran mayoría de los refugiados continuaron camino hasta el Distrito Federal. Allí se instalaron, muy modestamente, en cuartos y apartamentos, fundamentalmente en el centro histórico o colonias aledañas. En concreto, los tres miembros de la familia Ripoll se instalaron como realquilados en una habitación de un apartamento sito en la calle Guerrero, en las cercanías del Monumento a la Revolución.

Los primeros tiempos de su estancia en México resultaron muy complicados para todos los exiliados. Sin medios de fortuna, nece-

⁸ Puede consultarse al respecto la ficha de cada uno de los integrantes de la familia Ripoll en el Registro de extranjeros, Archivo General de la Nación (AGN), caja 113.

sitaban imperiosamente encontrar un modo para ganarse la vida. Durante las primeras semanas, las propias organizaciones de los exiliados habilitaron unos comedores colectivos, solucionando de esa manera la cuestión de los alimentos. Para cubrir las restantes necesidades, dichas entidades otorgaban unos pequeños subsidios que a duras penas llegaban para pagar el alquiler de los alojamientos. De ese modo fue sorteando los primeros tiempos la familia Ripoll, pasando muchos apuros y sin casi medios de subsistencia.

Cabe señalar que Miguel Ripoll pertenecía a un colectivo profesional, los militares, que no tuvo un fácil acomodo dentro de la vida productiva de México. De todos modos, nuestro protagonista estuvo en mejores condiciones que otros compañeros de carrera. Él pertenecía al arma de artillería, y había cursado sus estudios en la correspondiente academia. En España, en la época en que los realizó, esos estudios militares permitían también obtener el título civil de ingeniero industrial. Así, cuando llegó a México se registró como ingeniero industrial y no como militar.⁹ Tras las experiencias pasadas en la guerra de España, y una vez instalado en el exilio, el comandante Ripoll decidió que se había cerrado un capítulo de su historia personal. Y que a partir de entonces comienza una nueva etapa en su vida, en la que iba a ser conocido como el ingeniero Ripoll.

A los españoles que llegaron con el *Sinaia* se fueron sumando otros que cruzaron el Atlántico. Los convoyes colectivos cesaron en 1942. Los acontecimientos de la contienda mundial bloquearon cualquier posibilidad de transporte marítimo entre ambas orillas del océano. Sin embargo, cabe señalar que a partir de 1945, una vez finalizada la guerra, aunque no hubo más traslados colectivos, continuaron llegando a México pequeños grupos de republicanos españoles.

Antes de que la Guerra Mundial cortara las vías de comunicación trasatlánticas, llegó a México José Encuentra Pérez con su esposa y su hijo en el buque *Monterrey*, que atracó en Veracruz el

⁹ Así consta en su ficha en el Registro de extranjeros. Además, en 1947 procedió a solicitar ante las autoridades mexicanas, por medio de la embajada de la República española en México, la convalidación de su título de ingeniero industrial. Hemos podido consultar dicha documentación en la copia microfilmada que se conserva en El Colegio de México del archivo de dicha embajada.

15 de mayo de 1940, tras una larga travesía con escalas en la República Dominicana y La Habana.¹⁰ La familia Encuentra siguió los pasos que ya hemos descrito en el caso de la familia Ripoll. También se instalaron en el Distrito Federal, relativamente cerca del Monumento a la Revolución. Concretamente, en un apartamento de la calle Miguel Schultz. Asimismo, sobrevivieron en los primeros momentos gracias a las ayudas otorgadas por las organizaciones de los propios refugiados.

Hacia Ciudad del Carmen

La principal ocupación de los exiliados en los primeros momentos de su estancia en México consistió, precisamente, en buscar ocupación. Cualquier tipo de trabajo. El primer eslabón serio para alcanzar dicha meta unió la trayectoria de nuestros dos personajes. Según consta en documentación autógrafa que hemos podido localizar, tanto José Encuentra como Miguel Ripoll entraron en contacto con un personaje importante del periodismo, la literatura y la política mexicana.¹¹ Se trataba de Héctor Pérez Martínez, quien en 1940 ocupaba el cargo de gobernador del estado de Campeche, su tierra natal.

El doctor Pérez Martínez tenía el título de médico odontólogo, aunque nunca llegó a ejercer dicha profesión; fiel a la doctrina de solidaridad puesta de manifiesto por el presidente Cárdenas y ratificada por su sucesor, el también general Ávila Camacho, quiso ayudar a los refugiados españoles. Y entabló conversaciones con algunos de ellos para que se trasladaran a trabajar a Campeche. Aunque no sabemos a ciencia cierta cuántos españoles se trasladaron a dicho estado, las referencias que hemos manejado procedentes tanto de fuentes orales como archivísticas, nos indican que fueron muy pocos. Seguramente no pasarían de las dos docenas, incluyendo a todos los familiares.

Cabe señalar que en este caso el gobernador Pérez no se movió por motivos exclusivamente de solidaridad o simpatía ideológica.

¹⁰ ANAE, caja M 61, exp. 52.

¹¹ En septiembre de 1940 José Encuentra envió una carta a Indalecio Prieto, uno de los líderes del socialismo español y personaje principal dentro del exilio español en México, en el que le relataba pormenores de este asunto. La carta se conserva en el ANAE, caja M 61, exp. 52.

Como hemos visto en la trayectoria de José Encuentra y Miguel Ripoll, se trataba de profesionales bien cualificados que, aunque jóvenes aún, habían podido adquirir una amplia experiencia. Además de su propia trayectoria profesional, ambos había asumido importantes papeles durante la Guerra Civil española. Se habían desenvuelto bien en medio de una contienda, habían asumido importantes responsabilidades en momentos muy críticos y habían dirigido a colectivos compuestos por numerosas personas que se encontraban bajo su mando. Se trataba, por tanto, de personas experimentadas con un bagaje competente de cualificación profesional y con experiencia en la organización y el mando de grupos y personas.

A todas esas circunstancias habría que añadir que se trataba de individuos que sintonizaban ideológicamente con el gobierno mexicano y que estaban sumamente agradecidas a las autoridades del país por haberlas recibido y apartado de los riesgos que suponía la permanencia en Francia en plena contienda mundial. Por último, el profesor Encuentra y el ingeniero Ripoll se encontraban en la imperiosa necesidad de encontrar un modo de subsistencia para ellos y sus familias, y que debido a la edad se encontraban en plenitud de facultades y con posibilidades reales de poder labrarse un nuevo porvenir. Por todo ello, ambos fueron considerados, con muy buen criterio por el doctor Pérez Martínez, como posibles colaboradores leales y eficientes en las tareas que quería llevar a cabo en el estado de Campeche.

De todos modos, cabe señalar que estamos seguros de que las apreciaciones que hemos efectuado sobre los dos refugiados en los que se centra este trabajo, pueden extrapolarse a muchos de los exiliados que llegaron a México. En nuestra opinión, los elementos que hemos reseñado para este caso concreto fueron las claves principales por las que bastantes de los republicanos españoles se asentaron tan bien en México y alcanzaron en muchos casos un alto prestigio profesional.

Por tanto, de esa coincidencia de intereses, de un lado del gobernador Pérez, y de otro de los refugiados, encontramos las razones por las que el profesor José Encuentra Pérez y el ingeniero Miguel Ripoll Morell se plantearon ir a Ciudad del Carmen para

impartir clases en el Liceo Carmelita. Las condiciones de trabajo que se les propuso fueron bien modestas. El gobernador les comunicó por telegrama que tenían sus plazas de profesores esperándoles, aunque no podía asignarles ninguna gratificación de los fondos del Estado. En cambio, podrían contar con una pequeña remuneración del presupuesto del propio plantel.¹²

Los dos refugiados no tenían, realmente, ninguna otra opción y se decidieron rápidamente para viajar hasta Campeche. Pero aún quedaba un problema por resolver: los gastos del traslado. Ambos acudieron a las organizaciones de ayuda a los exiliados y éstas tras comprobar la veracidad de los hechos que les planteaban, y teniendo en cuenta el buen concepto que sobre ambos existía en el colectivo de refugiados, aprobaron concederles una pequeña ayuda económica para que pudieran costearse los gastos del viaje y conseguir libros para preparar las clases. En total se les entregó unos 35 pesos a cada uno, en concepto de préstamo a devolver.

Según los datos que hemos manejado, ambos exiliados llegaron a Ciudad del Carmen los últimos días de noviembre de 1940. Inmediatamente se incorporaron al plantel del Liceo Carmelita. José Encuentra como profesor de química, y Miguel Ripoll como profesor de matemáticas y física. Ambos resultaron ser elementos importantes para cumplir los objetivos que se había propuesto el gobernador del estado. Éste tenía un gran interés por mejorar y potenciar la enseñanza en su demarcación, y más concretamente la educación secundaria. Los dos profesores españoles cumplieron fielmente la tarea que se les encomendó. En el caso de José Encuentra, se trataba de un maestro experimentado, con un amplio dominio de la materia que tenía que impartir y con reconocidas habilidades didácticas. En cambio, Miguel Ripoll, aunque conocía profundamente las matemáticas y la física, se enfrentaba a su primera experiencia como docente. Pero no dejó escapar la oportunidad que se le ofreció. En resumen, desde dos planteamientos personales con algunos puntos en común, pero con diferencias significativas, se llegó a un mismo resultado.

¹² AMAL, caja M 61, exp. 52.

Como ya señalé al inicio del trabajo, ambos desarrollaron su tarea docente a plena satisfacción de sus alumnos, de sus familias y de los responsables académicos. Además, según las referencias recogidas, tanto del doctor Bolívar como de familiares de los profesores, ellos y sus familias se adaptaron muy bien a la sociedad carmelita. Unos y otros guardan gratos recuerdos de esa época. Aunque, según parece, la familia Encuentra se manifestó más remisa en sus contactos sociales, apenados como estaban por la ausencia de sus tres hijas que permanecían en España.

La tarea de esos profesores en Campeche fue un eslabón más, desconocido hasta el momento, del exilio pedagógico español. La experiencia muestra algunas características de interés que creo importante destacar. En primer término, presenta la peculiaridad de plantarse en un medio educativo y social netamente mexicano. Según los datos que tenemos hasta el momento, no hubo muchos casos parecidos. El colectivo exiliado español en México debido a una serie de circunstancias pudo crear sus propios centros docentes. Así, entre los años 1939 y 1941 fueron fundándose el Instituto Luis Vives, la Academia Hispano-Mexicana, el Instituto Hispano-Mexicano Ruiz de Alarcón y El Colegio de México, en la capital de la república, y una serie de centros docentes, con la común denominación de Colegios Cervantes, en algunas capitales de provincia. A todos ellos se les conoce como "los colegios del exilio". La inmensa mayoría de los maestros y profesores de todos esos establecimientos fueron españoles. De hecho, esos colegios se crearon con una doble finalidad. En primer término, facilitar puestos de trabajo para los docentes exiliados, que constituían un núcleo significativo dentro del colectivo de refugiados. Y en segundo lugar, dichos centros, sobre todo los ubicados en el Distrito Federal, sirvieron para ofrecer un puesto escolar y una educación con una determinada orientación pedagógica a muchos de los hijos de los exiliados.

La experiencia de José Encuentra y Miguel Ripoll se aparta por completo de las pautas anteriormente señaladas. Ellos trabajaron en un centro docente netamente mexicano, con profesores y alumnos nativos y en una localidad donde ellos y sus respectivas familias eran los únicos exiliados.¹³ A diferencia de los maestros que trabajaban con

¹³ Un caso que presenta cierta similitud con los exiliados en Campeche es el de refugiados que se ubicaron en el estado de Chiapas. Sobre el particular existe una interesante monogra-

hijos de refugiados, los protagonistas de nuestra historia tuvieron que integrarse con rapidez, mediante una auténtica inmersión social, cultural y profesional en la realidad del país de acogida. Este otro matiz del exilio pedagógico presenta aspectos de notable interés y resulta poco conocido hasta el momento. Aquellos docentes que se vieron implicados en esas circunstancias, o en otras similares, tuvieron que realizar un planteamiento radical y desde los primeros momentos por el mestizaje educativo. El ideario educativo y el acervo cultural que traían consigo esos profesores, sus habilidades didácticas, tuvieron que adaptarse a la realidad de los alumnos mexicanos.

Así les ocurrió a los profesores José Encuentra y Miguel Ripoll. Pero no fueron los únicos. Según los datos que he manejado, hubo algunos más. Dentro de este capítulo habría que incluir a los maestros que trabajaron en los Colegios Cervantes y a algunos otros que ejercieron la docencia fuera del círculo de los colegios del exilio.¹⁴ Se trata de un conjunto de iniciativas formativas de gran interés, pero difíciles de documentar y reconstruir, debido sobre todo a la dispersión de las fuentes documentales. Pese a ello, pienso que merecen ser rescatadas del olvido ya que ilustran aspectos en gran medida desconocidos del exilio pedagógico español de 1939.

Acercas de la trayectoria de José Encuentra y Miguel Ripoll poco más podemos añadir; cuando finalizó el curso 1941, el primero volvió al Distrito Federal. Allí trabajó en varios empleos e intentó abrirse paso planificando algunas pequeñas industrias familiares. Poco a poco su situación mejoró y sobre 1945 entró a trabajar en la Bond Electric Corporation, ya con buenas condiciones económicas. En cuanto a Miguel Ripoll, de Ciudad del Carmen pasó al Instituto Campechano en la capital del estado, en donde continuó trabajan-

fía. M. Mercedes Molina Hurtado: *En tierra bien distante. Refugiados españoles en Chiapas*. México, Gobierno del Estado de Chiapas, 1993.

¹⁴ Sobre los Colegios Cervantes puede consultarse J. I. Cruz, "El Patronato Cervantes y los colegios de provincias en el exilio pedagógico de 1939", en: *Historia de la Educación, Revista interuniversitaria*, núm. 14-15 (1996-1997). En cuanto a otras iniciativas formativas de algunos refugiados fuera del ámbito de los "colegios del exilio", resulta especialmente interesante todo lo referente a los maestros que introdujeron las técnicas Freinet en México. J. I. Cruz, "La introducción del método Freinet en Iberoamérica. Aproximación a un ejemplo de acción educativa del exilio republicano español", en: *Edetania. Estudios y propuestas de educación*, núm. 7 (noviembre, 1992), 37-54.

do muy eficazmente dentro del objetivo del gobernador Héctor Pérez de reformar dicha institución. Hacia 1945 o 1946 retornó a la capital de la república y tras emplearse en distintas empresas finalmente encontró una ocupación interesante como vendedor de Anacón Nacional. Ambos refugiados se ganaron la vida a partir de entonces trabajando en otra actividad distinta a la docencia. Pero tanto ellos como sus alumnos no olvidaron la experiencia educativa desarrollada en tierra tan lejana como Ciudad del Carmen.